

SEMINARIO DE INVESTIGACION DE LA FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

PONENCIA

LA INVESTIGACION COMO ACTIVIDAD INTEGRADORA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

Daniel Camacho Monge

Para comprender una institución se hace necesario remitirse a los orígenes, cosa que saben bien los científicos sociales y, entre ellos, sobre todo, los historiadores.

Por eso, en este foro de reflexión académica que posibilita el Seminario sobre Investigación, en buena hora convocado dentro de la Facultad de Ciencias Sociales, conviene remitirse un poco a los orígenes de nuestra Institución.

Debemos recordar que, al constituirse la Facultad con la reunión de varios departamentos, algunos muy antiguos, otros recientes, todos con diferente trayectoria y provenientes de diversas ubicaciones anteriores dentro de la estructura organizativa de la Universidad, se presentaba el severo reto de crear un ámbito común que diera existencia a la Facultad, más allá del simple aspecto administrativo.

En la búsqueda de ese objetivo se puso atención a dos tareas fundamentales. Por un lado, el rescate de la Revista de Ciencias Sociales. Por otro lado, la creación del Instituto de Investigaciones Sociales. Ambos esfuerzos tuvieron en su origen la función específica de reunir, en actividades comunes, a las diversas disciplinas, que por alguna razón, fueron congregadas dentro de la Facultad. Pero también influye en su creación la viva movilización universitaria de la época, que tiene su manifestación más significativa en el Tercer Congreso Universitario en 1972. El Instituto es también un producto del

Tercer Congreso, en el cual uno de los debates más importantes fue el relativo al carácter de la investigación científica en la Universidad. Las corrientes de pensamiento que se manifestaron más dinámicamente en el Congreso y que lograron la aceptación de sus puntos de vista renovadores, criticaron algunas condiciones dominantes en la investigación de la época. Por un lado, la distancia que no siempre, pero con frecuencia, existía entre los temas de investigación y los problemas más concretos del pueblo costarricense. Por otro lado, y en estrecha relación con lo anterior, el condicionamiento de la investigación, producido por cierto financiamiento exterior. A esto se agregaba una crítica más institucional, la relativa a la situación de desventaja de la investigación frente a la docencia.

Para corregir este último punto, el Tercer Congreso decidió crear la Vicerrectoría de Investigación con un rango igual a las otras, incluida la de Docencia. Esto implicaba la creación de una estructura en la cual recursos humanos y materiales fueran dedicados predominantemente a la investigación. Se abría así la posibilidad de agregar a los ya existentes, nuevos centros o institutos dedicados a cultivar la investigación. Sin embargo, lejos estuvo el Tercer Congreso de consagrar una división entre las tareas de investigación y las de docencia. Por el contrario, otro de los postulados básicos de ese conclave fue precisamente el de la indisolubilidad de la unidad de la docencia con la investigación. De acuerdo con ella, todo investigador debe enseñar la materia que investiga, todo docente debe investigar la materia que enseña y toda unidad universitaria debe ser a la vez de docencia, investigación y acción social. Esto no obsta para que las Escuelas sean predominantemente docentes y los Institutos o Centros, predominantemente dedicados a la investigación. Es con ese sentido que el Instituto nace.

La otra orientación básica en la fundación del Instituto se refiere al financiamiento de la investigación. Como se apuntó, ese fue tema de debate cuidadoso en el Tercer Congreso Universitario, donde se señaló cuán inconveniente es, para el desarrollo de la ciencia, dentro de una concepción nacionalista, el que las investigaciones fueran inducidas desde el exterior. Se llamó la atención acerca del hecho de que, para aminorar la dependencia tecnológica y científica, se hacía necesario que la Universidad recuperara la posibilidad de decidir por sí misma los temas, las orientaciones y las técnicas. Esto último, adquiere mucha importancia en Ciencias Sociales desde que, en los países industrializados, se impusieron las técnicas de investigación complejas y caras. El Instituto quiso volver a procedimientos más artesanales, aunque con incorporación de los más recientes avances metodológicos. Para eso se hizo un esfuerzo, concretamente en los proyectos de investigación sobre Inmigración y Recursos Humanos y sobre Absorción de Mano de Obra en el Café y la Ganadería, para introducir conceptos derivados de la corriente histórico-estructural y dialéctica, dentro de los formularios destinados a recoger información primaria y en las desagregaciones de la información secundaria. Pero lo más importante es que ese mismo tipo de conceptos fueron introducidos en el análisis. El esfuerzo fue tan importante y certero que la UNFPA (Organización de las Naciones Unidas para Actividades de Población) dominada por antinatalistas y neomalthusianos, violó sus compromisos y retiró su apoyo financiero a un proyecto de investigación sobre migraciones. No obstante los trastornos que eso trajo, significó una reafirmación de la independencia de la Universidad respecto de asunto tan vital como el rumbo de la investigación. En esos primeros años la vida del Instituto fue, en buena medida, una lucha por la reafirmación del principio de la independencia en la investigación universitaria, lo cual no fue obstáculo para recibir alguna ayu-

da extrauniversitaria para seminarios y publicaciones.

La creación del Instituto respondía también a una concepción sobre el carácter de las Ciencias Sociales. Se llegó a la convicción de que se hacía necesario recuperar la unidad teórica y metodológica de esas ciencias. A eso obedeció precisamente la creación de la Facultad de Ciencias Sociales, la cual reunió las preexistentes Escuelas y Departamentos de Historia y Geografía, Ciencias Políticas, Ciencias de la Comunicación Colectiva, Ciencias del Hombre y Trabajo Social, junto con el Instituto de Investigaciones Psicológicas.

En el informe de labores escrito al cabo del primer año de existencia del Instituto, se explicaba que éste nació, entre otras motivaciones, por la "urgencia de encontrar un ámbito de encuentro académico entre los especialistas de las diversas escuelas que forman la recién creada Facultad de Ciencias Sociales, la cual está constituida por cinco escuelas que tienen cada una de ellas una historia y una tradición muy propia".

Esa urgencia no era simplemente administrativa, tenía un profundo significado científico. Se trataba nada menos que de construir el ámbito de trabajo común de las ciencias sociales, para lograr su desarrollo en el sentido interdisciplinario.

En otras palabras, el Instituto nació para crear académicamente una Facultad que había sido constituida sólo reglamentaria y administrativamente.

Por ello no puede, ni debe, entenderse el Instituto fuera del ámbito de la Facultad de Ciencias Sociales. Si algo está estrechamente ligado a la Facultad, a su historia, a su desarrollo, a sus objetivos, es el Instituto de Investigaciones Sociales. En correspondencia, si el Instituto tiene alguna razón de ser

de carácter primordial, esa es, entre todas las otras, su papel dentro de la Facultad de Ciencias Sociales.

Para el cumplimiento de esos fines hubo obstáculos desde el principio. Uno de ellos fue la ubicación de la planta física. Aunque parezca superficial, la circunstancia de encontrarse el Instituto físicamente alejado de la Facultad, tiene negativas consecuencias para cumplir sus objetivos dentro de ella. El otro obstáculo, cuesta decirlo, es el espíritu feudalista que priva en muchas de las unidades académicas de nuestra Universidad. Es muy difícil lograr una labor de conjunto en forma permanente. Quienes hemos sido Decanos de Facultades divididas en Escuelas, somos testigos de ello.

De acuerdo con los planes originales, la integración consistiría en desarrollar proyectos de investigación interdisciplinarios, con participación de científicos de todas las especialidades existentes en la Facultad, más los economistas aunque por otra paradoja histórica, la Economía no se encuentra dentro de la Facultad de Ciencias Sociales. La investigación de la Facultad, se haría dentro del Instituto. Este no sería una institución aparte, una más, sino una instancia íntimamente penetrada por todas y cada una de las Escuelas de la Facultad. Sería algo así como la columna vertebral.

Esto garantizaría la estrecha relación de la docencia con la investigación, puesto que se pretendía lograr una circulación permanente de las Escuelas hacia el Instituto y viceversa, con la pretensión de que el profesor se involucrara en la investigación de aquellos temas que fueran, a la vez, objeto de sus cursos.

Lo anterior muestra cómo una pequeña institución concentró en sí el esfuerzo

concreto por aplicar, en la práctica, diversos aspectos de un pensamiento acerca de la nación, la ciencia y la Universidad.

Algunas fuerzas y tendencias se habrían de oponer a estos propósitos. Algunas exteriores a la Facultad y otras de muy adentro. No hemos sido capaces de superar los compartimientos estancos en la ciencia y los feudalismos en la administración. Por ejemplo, el Instituto puso en funcionamiento un Centro de Documentación para servir a la totalidad de la Facultad y, hoy en día, además de ese, existen pequeños centros en varias de sus Escuelas.

Por otro lado, las excesivas exigencias docentes conspiran, a menudo, contra el desarrollo de la investigación.

En la actualidad, doce años después, esas ideas y propósitos mantienen su vigencia.

Existen corrientes importantes que conspiran contra la construcción de la Facultad. No se trata de personas, sino de posiciones institucionales. Por ello el remedio ha de ser también institucional. En otras palabras, si se quiere construir la Facultad, deben fortalecerse sus organismos integradores. Aquí juega un importante papel la figura del Decano. Una de las manifestaciones de las corrientes desintegradoras es la permanente tensión por disminuir las facultades del Decano, fenómeno que no se sentía en los inicios pero que se presenta con más claridad en los años recientes.

El Decano debiera ser el responsable directo de todas las actividades integradoras, el presidente nato de todas las comisiones de la Facultad y debería tener los medios efectivos como, por ejemplo, el control presupuestal, para llevar a cabo su labor.

Sin embargo, contra esa labor integradora conspira tanto el feudalismo interno al que me he referido, como la tendencia hacia la centralización que se presenta fuertemente en las autoridades generales de la Universidad.

Todo esto tiene un efecto inmediato, sobre la investigación. Por ello, debe buscarse pronto algún correctivo, porque de lo contrario, ésta continuará su tendencia hacia la dispersión, la monodisciplinariedad, la parcialidad de enfoques y la repetición de esfuerzos.

Ciudad Universitaria "Rodrigo Facio", febrero de 1986.